

Reproducción

Número 89. — Tomo V.

20 de Diciembre de 1922.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

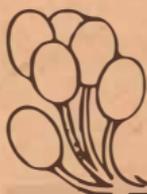
Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Fibros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Fibros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 89 * 20 de Diciembre de 1922 * Tomo V

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Aspectos de la crisis actual de la Educación

Por el Dr. Ernesto Nelson

Cabe sorprenderse de que en el campo de la educación donde se juntan como en una encrucijada todas las ciencias; en el altar mismo del racionalismo, y donde, por lo tanto, se pronuncian con más frecuencia las palabras «método» y «experimento», sea en donde con más generalidad se peca contra los cánones del pensamiento científico.

El educador vive en un medio arcaico donde las afirmaciones y negaciones se hacen, no en nombre de experiencias inconcusas, sino de razonamientos abstractos. Tal pedagogo conceptúa irremplazable el estudio de los idiomas clásicos; tal otro con-

sidera poco menos que perdido el tiempo a ellos dedicado; éste precociza la manualidad utilitaria; aquél la considera un delito pedagógico; y careciendo de medios para conocer de qué parte esté la razón, el maestro debe necesariamente elegir su partido por un acto de fe, como se acepta un dogma.

No hay que asombrarse si el dogmatismo, expulsado ya de todas partes donde se piensa y se crea, reina todavía en la educación, pues mal puede instituir procedimientos racionalistas el que no se funda en ellos comenzando por someter sus propias enseñanzas, que son su propia labor, a la prueba de fuego de la experiencia.

La misma obscuridad envuelve todas las zonas del campo escolar; y el que presencia un debate parlamentario sobre educación, creería hallarse transportado a otro siglo. La discusión sobre planes de estudio, programas, métodos, disciplinas y reformas, aunque invocando siempre la experiencia, pero a la que faltan todos los elementos que dan a la experiencia su valor científico, se basa en afirma-

ciones gratuitas o de un valor subjetivo, constituyendo en su conjunto una especie de metafísica que domina todavía la mentalidad de nuestro tiempo.

Y esta inseguridad inficiona los órganos centrales del sistema. Hoy se decretan exámenes escritos; mañana se suprimen; hoy se decide que la pérdida de tres materias en el curso acarrea la pérdida del mismo; mañana se deroga esta disposición, sin que en ningún caso la acción directriz sea consecuencia rigurosa de una experiencia debidamente instituida e interpretada.

No hemos, pues, adelantado gran cosa sobre Aristóteles, cuando escribía hace 2200 años: «La humanidad no se ha puesto de acuerdo todavía acerca de las cosas que la educación debe abrazar. Y tampoco hay acuerdo en cuanto a los medios que hay que emplear en la enseñanza, porque diferentes personas, al diferir en sus ideas sobre la naturaleza de las cosas, naturalmente discrepan acerca de su aplicación». Tiempo hubo en que las ciencias naturales estuvieron también libradas a un empirismo rutinario. Su progreso arrancó del día en que ins-

tituyeron un método para utilizar la experiencia. La agricultura entre otras, ha avanzado tan sólo cuando el agricultor se resignó a proceder, no de acuerdo con principios generales más o menos caprichosos, sino guiado por los resultados que sus operaciones y sus ensayos le van mostrando. Así, para el agricultor inteligente, su trabajo es una perpetua experiencia, pues si bien sus labores tienen una finalidad utilitaria, también tienen otra de permanente carácter especulativo, que convierte su obra en un constante ensayo, acerca de cuyos veredictos el agricultor está siempre alerta.

El agricultor inteligente dice a su capataz: «guárdeme la semilla de aquella alfalfa, tome nota de la fecha de maduración de ese maizal, observe que aquellos trigos se doblan con el viento»; pero el educador trabaja a ciegas y mecánicamente, obedeciendo a principios transmitidos por la autoridad, dejando que se pierda todo rastro de su esfuerzo y sin disponer de medios de instituir una experiencia con los materiales que le ofrece su propia acción.

Si el contraste que hemos venido señalando entre los métodos respecto de las ciencias fueran inherentes a su naturaleza, deberíamos resignarnos a contemplar las actividades educacionales moviéndose en el marco estrecho del dogmatismo. Pero no es así, felizmente. Ninguna actividad científica tiene hoy excusa para desdeñar el método experimental. Las ciencias políticas sociales acabarán por ser todas positivas, siguiendo con eso una evolución que es general en el dominio del pensamiento humano, pues las mismas ciencias que hoy llamamos experimentales fueron en un tiempo especulativas. Ya señaló Comte este principio.

La acción humana se acomodará más y más a leyes y principios deducidos de la observación de los fenómenos mismos, instituyendo al efecto experiencias que permitan descubrir tales relaciones.

Ciertas indicaciones permiten prever que la educación está a punto de dar el consabido paso.

Los educadores han percibido la importancia de estas exploraciones, y su posible aplicación al anhelo que

siempre se ha sentido, de someter a una medida, a un patrón de comparación, los factores que intervienen en el proceso educativo.

Ya el neopedagogo ha alzado la piqueta, y sus primeros golpes han caído sobre una institución augusta: el examen.

Esta función escolar había sido atacada con todos los argumentos de la metafísica educacional, pero no había sido sometida a la severa prueba del método científico. El profesor Thorndike ha adoptado con respecto al examen la posición del observador imparcial que desea investigar si sus resultados prácticos corresponden a la función que por consenso universal se le asigna. Sus investigaciones se han referido al examen de ingreso que es de práctica en muchas universidades norteamericanas. Se ha preguntado ingenuamente. ¿Qué es el examen de ingreso? ¿qué valor debe atribuírsele? La respuesta fluye inmediatamente: «el examen es una medida de la aptitud, un vaticinio acerca del aprovechamiento futuro». Cuando en la mesa de un examen de ingreso, el

tribunal clasifica con la más alta nota al candidato N. N., ello significa que el tribunal atribuye un máximo a la aptitud del postulante, y le vaticina un aprovechamiento óptimo. Cuando rechaza al candidato con un cero, ello significa que le atribuye un minimum de aptitud y predice un fracaso a la tentativa de educarle.

De acuerdo con estas premisas, el profesor Thorndike se puso a explorar entre los archivos universitarios, haciendo un estudio especial de las clasificaciones obtenidas en el examen de ingreso a las universidades por unos millares de individuos que luégo se graduaron en ellas. Y se dijo: «Si estos fallos tuvieron alguna importancia, es decir, si tales fallos, pueden en lo futuro merecernos alguna fe, es preciso que los hechos hayan ratificado su exactitud». Y se puso a la ímprobable tarea de compulsar las clasificaciones de trabajos de clase y de laboratorio de esos miles de graduados universitarios, para comparar luégo los resultados con los vaticinios que acerca de ellos hicieron los que se erigieron en jueces de sus aptitudes.

El resultado obtenido es desconcertante.

Un espíritu práctico y positivo como el yanqui no puede contemplar con indiferencia esta comprobación que quita toda exactitud, toda eficacia, toda razón de ser, a ese acto sacrosanto del examen, que si de algo hubiera de servir, habría de ser a condición de valer siquiera como medida de capacidad. El yanqui no se resigna a medir longitudes con un metro de goma, y hélo ya inquieto en busca de un patrón más exacto.

Este es el antecedente de los nuevos métodos de admisión a las universidades y que, instituidos por algunas de las más innovadoras de entre las norteamericanas, van en camino de revolucionar nuestras ideas respecto a la manera cómo en el futuro habrá de contestarse a esta sencilla pregunta: ¿Quién está en condiciones de ingresar a una universidad?

La tendencia de hacer de la educación un vasto experimento social está preñada de promesas. Quitaría de en medio uno de los mayores obstáculos que se oponen a la universalización del cri-

terio científico en la apreciación de los fenómenos, así físicos como morales. Porque, por una ironía de las cosas, la escuela, el colegio y la universidad que deberían ser los «educadores» de la mente juvenil, a la que deberían mantener en ese estado saludable de duda que define la actitud del sabio ante cualquier fenómeno, son centros de una enseñanza impartida, y por lo tanto robustecedora de la *autoridad* como fuente del conocimiento. Para limpiarse de este futuro pecado, los centros de «enseñanza» deben alterar profundamente su actividad y sus métodos, convirtiéndose en focos de organización de la experiencia del educando.

La escuela y el colegio no podrán escapar, pues, a la necesidad de convertirse en los centros de la organización de la experiencia humana, si no quieren seguir siendo el reducto del dogmatismo y del empirismo ciego.

El lector atento comprenderá ya claramente que la escuela es el principal obstáculo para que el común de las personas adquieran esa actividad mental que debería ser la característica

de las gentes en un siglo que proclama por doquiera el triunfo del método experimental. El suspender nuestros juicios y buscar la base de nuestras conclusiones en los dictados de la experiencia, está lejos todavía de constituir un hábito mental generalizado. La vida diaria nos ofrece mil ocasiones de instituir experiencias para basar en ellas nuestros juicios; pero el largo hábito de lo que llamamos cultura nos hace adoptar frente a todo problema una situación pasiva, inclinándonos a acudir a la autoridad para la investigación de las causas, buscando recibir de mentes ajenas la información que pudiéramos arrancar a los fenómenos mismos. El experimento, fuente de la verdad, no constituye todavía la base de nuestros métodos de legislación social; y el legislador que, *verbi gratia*, propusiera votar una partida de los dineros públicos para librar de moscas un distrito de la ciudad, con el objeto de comparar luégo la diferente mortalidad de los niños antes y después del experimento, a fin de basar en tales hechos una enérgica campaña para reducir esa plaga, sería tachado

de desequilibrado. Y es que los hábitos mentales adquiridos nos han convertido en parásitos del libro, criaturas de la autoridad, a cuyos mandatos reaccionamos por hábito, como el lebrel al sonido del cuerno de caza.

(De la *Revista de Filosofía* de Buenos Aires, muy recortado).

El próximo regalo de Año Nuevo

Algunas de las disposiciones de la "Ley de Impuesto sobre la Renta", dada por el Gobierno de don Alfredo González, y que con una modificación en el inciso *f*) del artículo 2, tomada aquí en cuenta, comenzará a surtir efecto el día 1.^o de Enero de 1923.

Artículo 2.^o—Son renta en el sentido de esta ley:

a) Los intereses del capital invertido, sean réditos fijos o dividendos variables, ya se cobren en el país, ya en el extranjero, siempre que en este último evento sean percibidos por costarricenses, cualquiera que sea su residencia, o por extranjeros que residan en Costa Rica;

b) Las utilidades de empresas agrícolas, industriales, comerciales, de servicios públicos, de transportes, despacho o almacenamiento, de hospedaje y alimentación, de recreo o diversiones y de todo negocio establecido para el lucro de los interesados;

c) Los productos, sean en dinero, sean en frutos, sean en valores que representan el aprovechamiento, para uso propio, de la propiedad inmueble;

d) Las remuneraciones del trabajo personal, cualquiera que sea ese trabajo y cualquiera que sea la remuneración;

e) Las pensiones, jubilaciones y otras rentas semejantes, sin excepción alguna y cualquiera que sea la fuente de donde provengan; y

f) Las ganancias accidentales, excepto los premios de la Lotería Nacional del Asilo Chapuí.

Artículo 3.º—Forman parte de la renta:

a) El valor del alquiler que representa la habitación en casa propia. Por alquiler se tendrá en este caso la suma que pagaría el dueño, si no lo fuera, por una casa de igual situación y condiciones;

b) Los efectos que para el uso particular o de familia, retira el comerciante o industrial, de su propio establecimiento, o aprovecha el agricultor para esos mismos fines, de los productos de su finca; y

c) Los alimentos, la habitación y otros emolumentos en especie que el empleado re-

ciba como parte de su sueldo o adicionales a éste.

Artículo 14.—Sobre la renta neta anual de una persona, cuando su total sea mayor de mil doscientos colones, se pagará el impuesto según la tarifa progresiva siguiente:

El 1 ^o/_o sobre rentas de ₡ 2.000,00 o fracción que exceda de 1.200,00;

El 1 ¹ / ₄ ^o / _o	sobre el exceso de ₡	2.000,00	hasta ₡	3.000,00
El 1 ¹ / ₂ ^o / _o	»	»	»	»
El 1 ³ / ₄ ^o / _o	»	»	»	»
El 2 ^o / _o	»	»	»	»
El 2 ¹ / ₄ ^o / _o	»	»	»	»
El 2 ¹ / ₂ ^o / _o	»	»	»	»
El 2 ³ / ₄ ^o / _o	»	»	»	»
El 3 ^o / _o	»	»	»	»
El 3 ¹ / ₂ ^o / _o	»	»	»	»
El 4 ^o / _o	»	»	»	»
El 4 ¹ / ₂ ^o / _o	»	»	»	»
El 5 ^o / _o	»	»	»	»

Artículo 27.—Por falta de pago puntual, el obligado incurrirá en una multa de 5 por ciento mensual, etc.

Artículo 28.—Pasados tres meses después del plazo reglamentario, la Administración procederá al cobro por la vía de apremio.

Recuerdo de "Amadeo Jacques"

Sabio francés que hubo de salir de Francia al mismo tiempo que Victor Hugo, Tocqueville, Edgar Quinet y otros.

Fragmentos del estudio que acaba de Publicar Anibal Norberto Ponce en *La Revista de Filosofía* que dirige J. Ingenieros.

Un escaso peculio, algunos aparatos de física y una carta de Humboldt, era todo lo que Jacques tenía al pisar por primera vez el suelo americano (30 de julio de 1852). Las credenciales famosas—que no sin emoción he tenido entre mis manos—decían en límpido francés: "A vosotros todos los que, en las hermosas regiones de la América del Sur, habéis conservado con el recuerdo de mi nombre, la benevolencia por mis trabajos, os recomiendo al portador de estas líneas, ingeniero A. Jacques, literato tan distinguido por sus talentos como por la gran variedad de sus conocimientos. Vinculado desde hace largos años por los lazos más afectuosos a la familia respetable de ese sabio, tomo el más vivo interés por su suerte y por la ejecución de su

proyecto de fundar en el Nuevo Mundo, en el centro de una población activa, un establecimiento de instrucción pública. El señor Jacques está en condiciones de alcanzar tan nobilísimo propósito, no sólo por su cultura y la elevación de su carácter, como por la experiencia que ha adquirido en los honrosos puestos que ocupara en Francia, como profesor en el Colegio Luis el Grande y como maestro de conferencias en la Escuela Normal. Los servicios que se le presten serán para mí, el más antiguo de los viajeros de América, un motivo del más hondo reconocimiento. El profesor Jacques tiene derecho, desde hace mucho tiempo, a la alta estima que le he consagrado". Alejandro de Humboldt.

Berlín, 1.^o de mayo de 1852.

Su autoridad pedagógica y su prestigio intelectual aumentaban día a día. Como en Tucumán, era ahora en Buenos Aires, el hombre de consulta. No extrañará, entonces, que los

más ilustres fundadores del *Círculo Literario*, confiaran a Jacques el discurso inaugural. (30 de setiembre de 1864). Su conferencia, dentro del tono ameno de la *causerie*, encerraba al mismo tiempo, una lección y un consejo. Después de perseguir el secreto de la emoción estética, trató de demostrar todo lo que hay de falso en la pretendida divergencia entre los principios abstractos de las ciencias, las aplicaciones de la industria y las conquistas del arte. ¿Ignoramos, acaso, que hay una geometría en la belleza del más espléndido edificio y que es a la observación rigurosa de ciertos teoremas, a quienes debe el arco achatado su elegancia, la voluta jónica su preciosidad, la columnata del Partenón su majestad? Combinaciones matemáticas también, las armonías de la música; y el desagrado de un instrumento que desafina ¿qué es, en el fondo, sino la aspereza de un quebrado cuyos términos crecidos no tienen divisor común? Queden de lado las bellezas de la historia natural o de la mecánica celeste; miremos por ejemplo, aquella locomotora que

se apronta a la carrera: "gruñe sordamente como impaciente para abalanzarse. Pero tan dócil como poderosa espera la señal. Dentro de poco, su amo, cuyas caricias la están puliendo y preparando, va a tocar con sus dedos ennegrecidos por el humo, un resorte que se doblaría bajo la presión de la mano débil de una criatura, y en el acto la enorme masa se conmoverá. Héla aquí que respira; un tos grave y fuerte sacude sus entrañas de hierro candente. Gime bajo la carga. Unos tras otros, sus órganos entran en función con sabia regularidad; su movimiento se acelera; los golpes, siempre acompasados, se suceden con tan asombrosa rapidez que la vista no los puede seguir: devora el espacio. Es el huracán desencadenado que todo lo rompe y lo voltea. Pero, esperad: otra presión de mano, bien ligera, va a calmar luégo y en un instante toda esa efervescencia, y la obediente máquina irá al lugar de su descanso, ya adelantando, ya retrocediendo obsequiosamente, de media pulgada, con toda la lentitud del movimiento más suave. . . Ya lo veis; ese

pobre diablo cubierto de harapos manchados de hollín y de aceite, al frotar y al ensebar el hierro, os prepara emociones artísticas: él es un artista, pues, a su manera; pensabais que lo que hacía era pura mecánica, y había sido casi *estética*". "No separemos, pues—, agregaba—, el artista del sabio, ni la literatura de la ciencia, puesto que lo bello no existe separado de lo verdadero, y no es sino uno de sus aspectos. La verdad entendida, hé aquí la ciencia; la verdad sentida, hé aquí la poesía y el arte. La literatura que merece tal nombre, es la expresión genuina bajo formas muy variadas, de este atractivo que el espectáculo del mundo físico y del mundo moral ejerce sobre el alma sensible del hombre; y ¿no será cierto que el sentimiento debe ser tanto más profundo y tanto más recto, cuanto más lúcida sea la inteligencia de aquello cuyo calor vivificante se siente? Sentir enérgicamente, y para ello entender claramente, hé ahí toda la retórica".

Algunas palabras

De la primera lección de fisiología del profesor J. F. Nicolai⁽¹⁾ en la universidad de Córdoba, junio de 1922.

La vida es una complejidad, como ha dicho por primera vez Huxley, singular solamente por su complejión. Cada una de sus funciones existe también en la naturaleza muerta, pero el conjunto de todas esas funciones, bien comprensibles, es en su total la vida misma, incomprensible.

La paradoja de esta sentencia no es más que aparente, como un ejemplo mostrará. Observemós un órgano bien labrado—el sistema nervioso. Está compuesto de unos mil millones de filetes y de ganglios de los cuales cada uno, con sus innumerables prolongaciones protoplasmáticas o dendritas, su núcleo, sus granulaciones cromófilas de Nissl, su red de fibras intracelulares y todo lo que no podemos ver, es ciertamente más complicado que

(1) Ilustre universitario europeo (de Konisberg, Heidelberg, Berlín, Leipzig y París), contratado por 3 años para enseñar fisiología en la Escuela de Medicina de la Universidad de Córdoba.

una de estas enormes prensas rotatorias y automáticas que son quizá las más grandes y más complicadas máquinas artificiales del mundo.

Un ingeniero comprende el mecanismo de estas máquinas y sabe que nada en ellas es sobrenatural. Pero si un sér superior conjugara mil millones de esas máquinas (las que cubrirían un espacio más grande que toda la Argentina) con un fin tanto más grande que los fines humanos cuanto toda la super máquina lo es relativamente a una sola,—la sabiduría de todos los ingenieros del mundo no bastaría para comprender esa super maquinaria para cuya inspección una vida no bastaría. Pero sin embargo se dirían los juiciosos que también este mecanismo debería ser comprensible ya que no utiliza más que las leyes comunes de la naturaleza.

Tal es la vida. Es una maquinaria complicada por mil condiciones eléctricas y químicas, mecánicas y calóricas, por la tensión de superficie, por influencias nerviosas y secretorias, que parecen más eficaces por cuanto el protoplasma en su desarrollo ha

tomado cualidades que le dan la facultad de responder a los más pequeños influjos e irritaciones. Y todas estas funciones se mezclan una con otra en mutua dependencia y tan íntima que aun es difícil estudiar una función sin conocer las otras.

¿Cómo sería posible comprender el conjunto si no comprendemos aún las partes?

Una definición precisa es por consiguiente imposible; debe bastar una idea general, la que nos dice *que la vida es una variedad de fuerzas conocidas, cuyo fin es tanto menos fácil de ver que lo que sostiene la vida, el protoplasma, está en un equilibrio inestable que le hace cambiar sus calidades a cada momento.*

Si hubiéramos comprendido bien esta imposibilidad y al mismo tiempo conociéramos lo poco, pero importante, que sabemos exactamente de las condiciones de la vida, no trataríamos de explicar este misterio por una palabra no menos misteriosa, como: fuerza vital... sino que continuaríamos en el camino que nos ha dado los primeros conocimientos.

¡Y este camino es el del trabajo continuo y modesto de la ciencia experimental que diariamente avanza un paso! No alcanza de un brinco—como las atrevidas teorías más o menos filosóficas—el fin del saber, pero tiene—en contraposición a estas sonoras retóricas—la gran ventaja de no descaminar jamás.

LA VIDA es un todo orgánico y la economía es como la vida. Todas sus funciones están ligadas mutuamente. La una depende de las otras y todas ellas obedecen a las mismas leyes. Así, no hay en realidad una Economía del Estado, o estatal, una Economía Nacional, o social, y una Economía mundial, sino solamente una Economía de la sociedad humana cuyos componentes son las economías Estatal, Social, y Mundial conjuntamente.

ALFONSO GOLDSCHMIDT,

Universitario alemán, invitado por la Universidad de Córdoba para hacer una serie de conferencias sobre economía.

De monje a monje

*Rvdo. P. Superior de los PP. Capuchinos
Cartago.*

Con mucho gusto remitiré a Ud. el último cuaderno de REPRODUCCIÓN y los que en adelante aparezcan. Irán en calidad de obsequio, no de canje, pues mi revista es muy pequeña, se reparte gratis y no sale con regularidad.

Leyendo el cuaderno 88, verá Ud. que se ha hecho demasiada bulla acerca de la nota en la cual aludo al premio acordado por Uds. a la composición marcada con el número 19 en *El Heraldo Seráfico* del mes de octubre. Las otras piezas, no las he leído.

No soy católico; pero lo es fervorosamente la persona que ha alentado sin cesar mi amor a las ciencias experimentales: mi madre, ya tan anciana. Este hecho habría bastado para hacerme mirar siempre con respeto y cordial simpatía a todos aquellos para quienes no hay completa incompatibilidad entre la fe y la investigación positiva. A mayor abundancia, un discípulo de Pasteur, de Branly y De Lapparent, tiene que pensar siete veces lo que va a decir, antes de lanzar una piedra contra el catolicismo.

Si algún día se me hace justicia, habrá de reconocerse que en punto de filosofía yo no he roto lanzas sino contra los enemigos de mis laboratorios.

Hecha esa declaración, vuelvo a lo de la nota. He releído «El Poema de San Francisco» y me sabe otra vez a puro panteísmo. El Santo habló a su modo, hace más de siete siglos, y yo carezco de competencia para traducir sus palabras a nuestro lenguaje actual. Pero puedo resueltamente sostener que es panteísta—o materialista, lo mismo da—quien HOY llame HERMANO al árbol, a la hormiga, a la yerba o al sol; o quien diga que el ALMA del santo es MURMULLO en la gárrula fuente y es CELAJE en el cielo (!) y es PERFUME en la flor.

Respetuosamente,

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

28 de noviembre de 1922.

Carta a un maestro

Ofrecí a usted publicar mi opinión sobre las cuestiones de enseñanza que a usted interesan tanto, y vengo a retirar el ofrecimiento. El edificio escolar costarricense se derrumba desde su base: sería pueril intento el de querer cambiar las cosas a estas horas. Los encargados de la próxima construcción cuentan menos de 30 años de edad. Son desconocidos todavía, pero harán probablemente algo mucho mejor que lo hecho por mis coetáneos y sus inmediatos colabo-

radores. Yo he vivido al margen y así deseo ya morir: desoído por los poderes oficiales, pero rodeado constantemente de estudiantes. Hay dulzura en estas palabras. Bendigo la suerte que me ha permitido ejercer de pequeño mentor, cerca de nueve años en la enseñanza pública e indefinidamente en la privada, sin llegar a probar la amargura que hoy propinan a nuestro ilustre Gagini sus actuales alumnos del Liceo y algunos antiguos discípulos suyos. Bendigo aún más la suerte que me ha puesto en diverso camino del transitado por esos pretensos MAESTROS DE EDUCACIÓN del tipo frescamente exhibido en *La Tribuna* del sábado, y alargo la distancia.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

4 de diciembre de 1922.

Miscelánea

Mientras los entendidos sostienen que la Economía es como la vida, en un organismo, cuyas funciones son completamente solidarias, el señor Presidente de la República se sirve de la misma comparación, pero dando a entender exactamente lo opuesto a la idea de solidaridad orgánica, pues, según él, *lo que es bueno para el bazo es malo para el hígado*, etc. Partiendo de semejante noción de biología, le es fácil después acogerse al dictamen de quienes juzgan que existe oposición entre los intereses de los agricultores y de los comerciantes, por ejemplo.

¡Doble error, que cunde demasiado! Si la Economía es como la vida, los términos *diversidad funcional* y *unidad de interés* son necesariamente correlativos. En un organismo la diferenciación de las partes se establece en beneficio del conjunto: el daño hecho a un órgano redundará en mal para todos los otros. Donde hay oposición de intereses no hay organización.

*

Mi primer artículo sobre pedagogía, hace 28 años, fué contra los exámenes y calificaciones escolares habituales. Pensaba yo entonces que los *exámenes* iban a desaparecer pronto y que las calificaciones iban a prodigarse menos, a fin de poder ser más serias. Pues bien, los exámenes no han desaparecido, pero han degenerado: lo cual es consolador: tienen todas las inconveniencias de los antiguos, más otras que no llegué a sospechar. Y las calificaciones, por otra parte, se han multiplicado horrorosamente. Si hace medio siglo un maestro juicioso se quedaba perplejo al decidir *en conjunto*, y al cabo de muchos meses de observación, sobre el grado de aprovechamiento de un alumno, hoy... el maestro juicioso debe salir huyendo de la escuela o del colegio, tan pedantesco es el cuadro de calificaciones que ha de llenar mensualmente, al gusto de la *Secretaría de Educación*. No debo escribir la palabra que me viene a la boca, cuando un nietecito de siete años me enseña *su nota*, en que aparecen calificados al mes su saber en diversos

ramos de ciencias y letras, su canto, sus trabajos manuales, su educación moral, civil y religiosa y hasta *su iniciativa*. Me indigno por el momento, pero pronto me rehago diciendo: ¡Esto se acaba!

*

De un notable estudio de José Ingenieros acerca de *Emilio Boutroux y la filosofía francesa de su tiempo* («Revista de filosofía», mayo de 1922), tomo las siguientes líneas:

El examen del último renacimiento espiritualista permite advertir que el positivismo científico había roto los viejos moldes metafísicos imponiendo a sus mismos adversarios algunos criterios de que no podrá prescindir toda nueva tentativa de construir sistemas metafísicos que excedan a las ciencias mismas.

E. J. R.